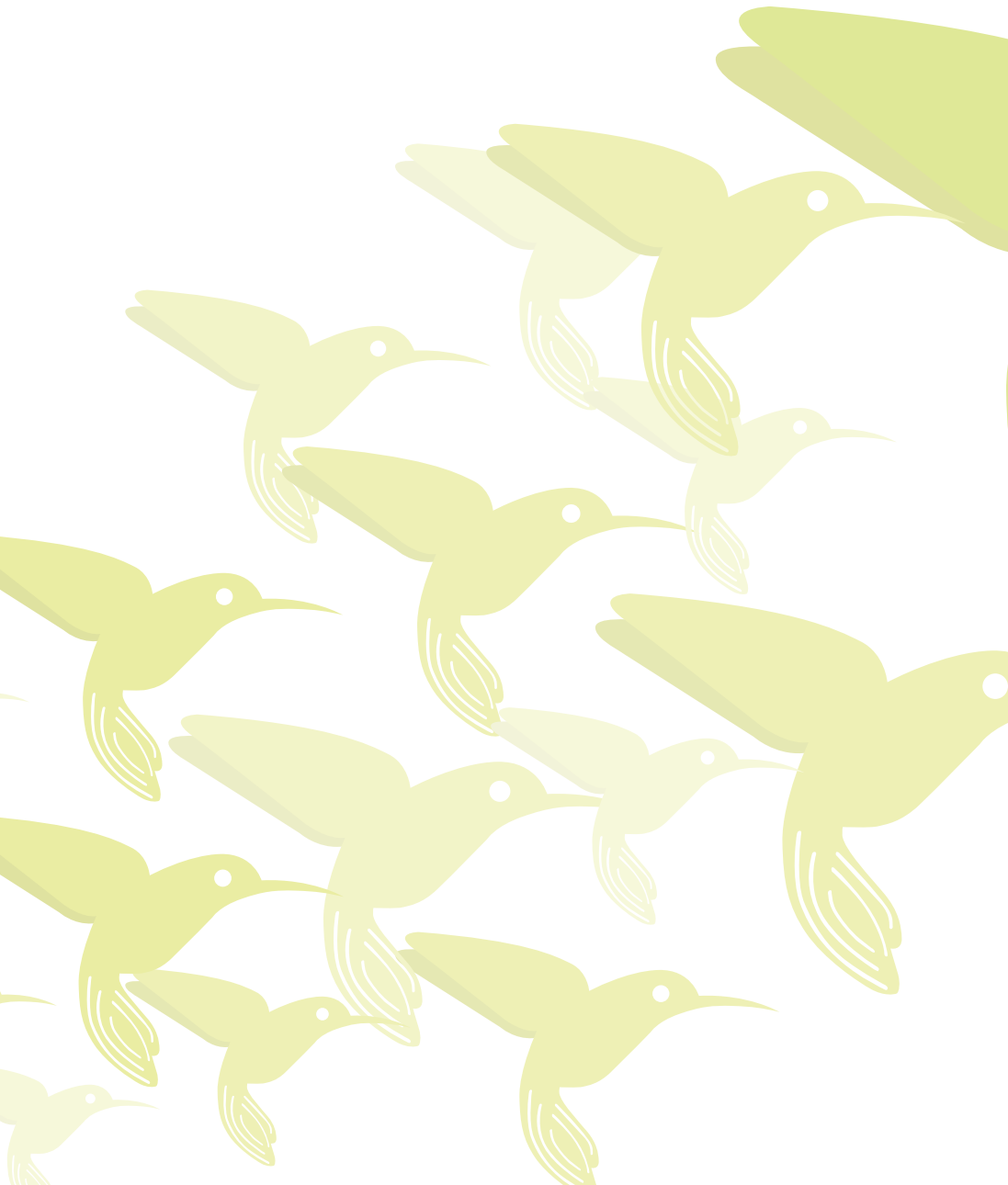


Cocuyos de cristal

Carmen Delia Bencomo
Ilustraciones
Ludwianna Piñero Pereira







El Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo se encarga de ejecutar la política editorial del Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas del Estado Mérida (IBIME), dirigida hacia la difusión de la identidad de la población merideña y contribuir al desarrollo nacional, estatal y local.

Su objetivo es editar y publicar libros, revistas, folletos, desplegados y cualquier tipo de material biblio-hemerográfico y audiovisual sobre cultura y literatura merideña, con especial atención en la promoción de la lectura.

Ennio Tucci
Coordinador editorial

Milagro Meleán
Editora

Ludwianna Piñero Pereira
Ilustradora

Francisco Medina Tucci
Diseñador gráfico

María Julia Rojas
Promotora de lectura

**Gobernación del Estado
Bolivariano de Mérida**

Jehyson Guzmán
Gobernador

**Instituto Autónomo de
Servicios de Bibliotecas
e Información del Estado
Bolivariano de Mérida IBIME**

Zenaida Hernández
Presidenta

Carlos Roberto Mora
Director



Cocuyos de cristal

Nota editorial:

La publicación del presente libro se realiza sin fines de lucro, preservando los derechos de su autor y constituye un aporte al acervo cultural de estado Mérida, Venezuela. Su publicación en línea se realiza de forma gratuita en los espacios del editor y aquellos que el autor considere necesarios.

Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

© Herederos de Carmen Delia Bencomo, 2023.

© **Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas e Información del Estado Bolivariano de Mérida - IBIME**, 2023.

Sector Glorias Patrias, Calle 1 los Eucaliptos,
entre Avs. Gonzálo Picón y Tulio Febres Cordero.
Mérida, Venezuela.

Telfax: 0274-2623898

Correo: fondoeditorialcdb@gmail.com

ibime.merida.gob.ve

Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

Coordinación editorial: **Ennio Tucci**

Edición y corrección: **Milagro Meleán**

Diseño Gráfico y diagramación: **Francisco Medina Tucci**

Ilustración: **Ludwianna Piñero Pereira**

Promoción: **Maria Julia Rojas**

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal: ME2023000154

ISBN: 978-980-8013-07-8

Encuentra este y otros libros en:

<https://carmendeliabencomo.wordpress.com>

Cocuyos de cristal



Biblioteca **Carmen Delia Bencomo**
Serie **Cuento**

A Dámaso Gutiérrez,
el mejor amigo de mi infancia.

«Los niños inventan el mundo en lo que dicen, en lo que escriben, en lo que pintan»
–Fryda Schultz de Montovani

La razón de este libro

Los niños son claridad y belleza. Yo no he querido hacer sino pequeños relatos de niños para niños. Este libro lo han hecho pues, los niños, con sus frases. He procurado dejarlas tal como ellos las dicen: sencillas, puras; cascadas nacidas en montañas de bruma, afluentes que concurren a un mismo río: la infancia.

El rumbo que cada uno toma, los años y las circunstancias de que se rodean sus vidas hace cambiar estas cualidades. Ya los niños dejan de serlo para convertirse en hombres y se dice: el hombre blanco, el hombre negro; el hombre pobre y el hombre rico, el bueno, el malo, el extranjero, el criollo, y nuestro mundo de sueños infantiles se va llenando de realidades y de una serie de elementos que hacen dividir el universo en dos grandes grupos: el mundo de los niños y el mundo de los hombres; pero por compleja que sea la vida, por su importancia, su trabajo o por la misión que le toque al hombre desempeñar, siempre recordará con cariño los años en que fue niño y una especie de ternura, luz y paz, aliviará sus afanes y preocupaciones. A veces vemos a un hombre sonreír cuando le recordamos algún pasaje de su niñez.

Al escribir *Cocuyos de Cristal*, no me ha movido otro deseo que el de procurar a los niños un libro donde puedan ellos reencontrarse en ternura, en travesuras, en cosas aladas. Que los padres se vean también en los relatos de sus hijos y les estimulen con nuevos. Esto les hará sentirse más cerca de sus hijos.

En esta época de televisión, de cohetes al espacio, de viajes a la luna, los cuentos que antes nos gustaban resultan sin gracia para los niños de hoy.

Las hadas, los duendes, las brujas y los duendecillos, han sido reemplazados por cuentos de otro tipo de fantasía. Los niños gustan de los relatos con sabor a verdad. Los padres que conversan con los hijos se habrán dado cuenta de que al contarles algo, ellos preguntan:

—¿Eso es de verdad o de mentiras?

Si la respuesta es «de mentiras» demuestran poco interés y tratan de distraerse con otra cosa. Si en cambio se les dice «es de verdad» entonces se animan, quieren oír más. En cuanto a los relatos fantásticos, ellos saben que no son realidad, pero gozan con ellos.

Mi intención al escribir Cocuyos de Cristal, es la de poderles decir siempre que sus relatos son verdaderos y la imaginación rica de los niños se verá llena de estímulos para oírles contar otros de ellos mismos, de sus amigos, de la escuela y a la vez los invitamos al diálogo. No todos los padres saben conversar con sus hijos y deseo que este libro les brinde un comienzo. Durante su preparación he podido darme cuenta que a muchos padres, al hablarles de sus hijos, me han referido relatos preciosos que han redondeado este volumen, pero otros me han dicho: «yo, francamente, no he puesto mucha atención en las cosas que ellos hacen o dicen».

En estos días me ocurrió algo que vale la pena decirlo: un amigo y compañero de trabajo, joven pintor que gusta de la poesía, regresaba de sus vacaciones compartidas con su esposa y sus dos hijos, de cuatro y tres años. Tratando de descubrir nuevos cuentos para mis Cocuyos de Cristal, le dije:

«—Debes tener anécdotas muy bellas de tus hijos. —Le animé contándole algunas de los míos.

—Parece mentira que no me haya fijado en lo que dicen y hacen mis hijos. Quizá yo siempre estoy pensando en mis cosas. A veces les engaño demostrándoles que les oí y hasta me río de sus cosas, pero ahora no recuerdo nada de lo que me decían.

Estas palabras me animaron y le expliqué que estaba escribiendo un libro sobre esas cosas. —Me hubiera gustado una de tus hijos— le dije.

—Siento como un remordimiento de conciencia tenerlos tan separados de mí —me dijo— pero te prometo que estaré pendiente de sus frases y conversaré con ellos. Tal vez pronto te traiga alguna que valga la pena».

Demás está decir lo feliz que me sentí al comprobar que sí puede llegar este libro a despertar sensibilidades.

He conservado en homenaje a los niños, el nombre de cada uno de los que originaron estos relatos, la forma de decirlos, sus observaciones cuando vieron por primera vez la lluvia, el relámpago, el mar, la luna, un animal, un juguete.

Ojalá pudiésemos obtener de cada niño un dibujo, después de haberse identificado con su relato. La timidez del niño es un eco de nuestra incapacidad para comprenderle.



Palomitas de cristal

Hoy he visto en la calle al viejo amigo de cuando yo contaba con cinco años. Aún está fresco en mi memoria el grato recuerdo de esos días de infancia. Tenía él veinticinco años y una quincalla al frente de la casa donde vivíamos, allá en La Azulita, pueblo de los Andes. Gustaba mucho de los niños y tal vez nos dimos cuenta de ello el día que llegamos. Los niños son los que mejor comprenden estas cosas.

¡Qué dolor es sentir que esto se fuga con los años!

Mi amigo acostumbraba a sentarse cerca de la puerta de su negocio en una silla de suela que recostaba a la pared. Siempre se rodeaba de amigos entre los que se encontraban niños. Desde el balcón de nuestra casa lo observaba con deseos de acercarme. Llevaba unos zapatos blancos y era yo tan pequeña que todavía no sabía distinguir los colores, por eso le decía para que me tomara en cuenta:

—¡Zapato azul, zapato azul...!

—¡Muñequita! —me decía, hasta que una vez estuve frente a él. En el mismo momento surgió una amistad que se hizo larga. Tan larga que se extendió a mis padres y mis hermanos.

He sentido emoción al verlo de nuevo, después de tanto tiempo. Empezó a recordar los bellos años en que nos conocimos y surgieron las palomitas de cristal, unos alfileres que vendía en su tienda y que fueron para mí un tesoro. Con ellos aprendí a conocer los colores pues las había verdes, amarillas, rojas, moradas, azules.

Las coleccionaba en una caja de bombones vacía que guardaba debajo de mi almohada con gran celo y cariño.

Cuando algún amigo de mi padre me daba una moneda corría a su tienda a comprar una nueva palomita. Tampoco conocía el valor de las monedas y las medía por el tamaño, así por medio real esperaba una mientras que por una locha esperaba dos.

Yo recordaba todo esto con cariño y a mi amigo le hacían gracia mis ocurrencias. Me refirió que una vez llegué a su tienda, sin dinero, quería una nueva palomita para mi colección y le dije:

—Véndame una palomita que cuando tenga plata se la pago.

—Entonces dame un beso —me dijo.

Fue así como aumentó mi colección de palomitas mientras agotaba la existencia de las mismas en su tienda.

Cuando me contaba estas cosas estuve muda, escuchándole. Experimenté una sensación grata oírle relatar los recuerdos de mi infancia. Le miré con los ojos húmedos. A pesar del tiempo y del dinero, su expresión es dulce y agradable.

—Ahora no vendo palomitas de cristal, ¿sabes? Ahora vendo casas y terrenos —me dijo.

Una triste sonrisa fue mi respuesta. Pensé nuevamente en los años de mi infancia y en las multicolores palomitas de cristal.

El faro hermoso

El faro que conocí cuando pequeña no es la torre que en su pestaño de luces orienta a los navegantes por las noches. Mi vocabulario era muy corto, como el de todos los niños, pero sí sabía que el faro es un animal muy feo y repugnante que azota los corrales para llevarse las gallinas. Este animal también se llama rabipelado en otras regiones de mi país.

La casa donde vivíamos, en el pueblo de la montaña, de páramos y neblinas, era grande, con suficiente solar para cultivar árboles frutales y criar animales. Nuestra infancia tenía la libertad que los niños de las grandes ciudades no conocen. Era hermosa también porque siempre estaba nuestra madre en la casa, junto a los juegos y los sueños. En este pueblo apartado no había cine, y el radio y la televisión no se habían inventado. Las madres decían dulces cuentos y nos leían, por las noches, historias y poemas. Recuerdo uno que oía con frecuencia: «La vuelta a la escuela» y hasta memorizaba alguno de sus versos: «...Saludemos nuestra escuela con cariño y gratitud, que ella guarda el faro hermoso que la mente baña en luz...» Estos versos los repetía constantemente e imaginaba en el patio de la escuela un faro —me refiero al animal— muy hermoso, de colores, con la frente bañada de luces, con ojos como estrellas, y empezaron a nacer en mí grandes deseos de ir a la escuela para contemplar la maravilla. Mi madre creía que su hija iba ser muy estudiosa y lo celebraba con sus amistades. Ella no sabía lo que ocurría en mi pequeña cabeza.

Por fin un día me acompañó con un libro y una pizarra hasta las puertas de la pequeña escuela del pueblo.

Mi alegría no tenía límites y desde el instante en que llegué mis ojos no se apartaban de la puerta que daba al patio, en busca del «faro hermoso».

No conseguía la maestra ninguna forma para hacerme sentar en otra parte, y así pasé varios días en espera de ver mi sueño dorado hasta que se me ocurrió preguntarle a una niña más grande que yo:

—¿Dónde está el faro hermoso?

Me miró con cierta extrañeza, pero creyendo que se trataba de algo que me apenaba decir de otra manera, me señaló hacia el patio:

—Allá...

Corriendo sin que nadie pudiera impedirlo, llegué hasta el sitio señalado y nada vi.

Regresé triste, callada, y no sé cuánto tiempo transcurrió para saber al fin que el faro hermoso era una figura escogida por el poeta para comparar la luz que ofrece a los navegantes con la luz que da la escuela a los niños. Esto lo supe más tarde, pero aún siguen en mis recuerdos su luz como cocuyos de cristal brillando en la neblina de mi infancia.

Nuestro teatro

Las escuelas de nuestros niños de hoy le brindan un mundo maravilloso que no tuvimos nosotros. Ahora el niño canta, juega, hace teatro. Adelantándome al conocimiento que más tarde tendría sobre teatro, dramatizaba, con mis hermanos, en los corredores de nuestra casa, los cuentos del libro primario.

«Rizos de Oro y los tres osos» era uno de los preferidos. Este cuento decía de una niña que fue a visitar la casa de los tres osos un día que estos habían salido de paseo. Uno era Oso Grande, otro Mediano y el último, Oso Pequeño. Cuando Rizos de Oro llegó a la casa encontró tres sillas y luego de sentarse en la de Oso Grande lo hizo también en la de Oso Mediano decidiéndose por la de Oso Pequeño, mas esta se rompió. Entró al comedor y probando las sopas se comió la de Oso Pequeño porque estaba más sabrosa. Siguió recorriendo la casa y encontró un dormitorio con tres camas. La de Oso Grande la notó muy dura, la de Oso Pequeño era tan blanda y llena de calor que en ella se quedó dormida.

Cuando llegaron los tres osos vieron que alguien había estado allí. Oso Pequeño lloró al ver su silla rota y su plato de sopa vacío. Oso Grande empezó a gritar y con los gritos se despertó Rizos de Oro que se arrojó por una ventana y se fue corriendo.

En nuestro pequeño e improvisado teatro, yo era Rizos de Oro, por supuesto, y mis hermanos menores los osos. Todavía no conocía otra aplicación a la palabra «arrojar» que no fuera la de vomitar e interpretando todo al pie de la letra, me asomaba a una ventana y hacía que vomitaba. Luego salía. Mis hermanos que no entendían nada, me preguntaban asustados:

—¿Por qué arrojas tanto?

—Porque me hizo daño la sopa del osito —les respondía muy seria y volteaba la hoja del libro para seguir con otro cuento.

El entierro de una hormiga

Yo seguía sus caminos hasta verlas llegar y entrar a un hueco que llegaba al corazón de la tierra, donde estaban sus pueblos, sus casas, lejos de los pies de los hombres que eran sus enemigos. Soñaba con un mundo hormiguero lleno de mágicas tierras y frescas fantasías.

¿Y ese día por qué las hormigas corrían más ligero que de costumbre? ¿Qué pasaría, que andaban como locas, aquí y allá? Las seguí hasta un grupo numeroso y vi que llevaban una especie de urnita blanca y que otras tantas corrían tras ellas. «¡Se ha muerto una hormiga niña!», pensé. Limpié el camino. Vi que con gran trabajo se metían en el hueco, al cementerio que tienen debajo de la tierra. Lloré por la hormiga muerta y por no comprender más nada. Coloqué flores menudas sobre la puerta de aquel país encantado, y estuve allí largo rato.

¡Qué bello el mundo silencioso de las hormigas! Me fui a contar todo lo que había visto a mi madre que me oía siempre.

Por la mañana del siguiente día, muy temprano, cuando todavía las plantas no se habían despojado del rocío y el sol empezaba a dar brillo y vida a todo, fui de nuevo a mi país encantado, pero ya no estaban las flores.

—¡Mamá, las flores que le puse a las hormigas se las llevaron al cementerio!

¡Qué buena mi madre que todo lo entendía!

Las estrellas beben agua

Cuando niña yo quería una muñeca. Una muñeca que comiera, llorara e hiciese todo lo que hacíamos nosotras.

—Tendrás una muñeca como tú —me decía mi padre.

Mi madre esperaba su cuarto hijo y una noche, casi amaneciendo, mi padre fue a despertarme para decirme que había llegado la muñeca que tanto le había pedido. Era una niña a quien apenas se le veía la cara. Yo la miré mucho. Ella no me veía. Desde ese momento fue mi muñeca y le ponía cintas y lazos. Solo ella podía jugar con mis otras muñecas y solo ella era la compañera de mis fantasías.

Mi muñeca tenía cinco años y tejía alrededor de ella sueños que mi madre oía con cariño, hasta que una noche, lloviendo con más frío, mientras las montañas de enfrente se ahogaban de nieve, cerró los ojos para siempre después de una corta enfermedad. Estuvo toda la mañana entre velas y tules y me parecía que solo dormía. Le pusieron una coronita de rosas y era como un ángel esperando volar para completar un coro.

Por la tarde se la llevaron otros niños en una urnita blanca. Recordé entonces el entierro de la hormiga-niña. Lloré mucho cuando me dijeron que la pondrían en un hueco en la tierra, y que de allí se iría al cielo.

—¿Y de allí qué se hace? —pregunté.

—Se volverá estrella —me dijo alguien.

Ni eso logró consolarme. Quería convertirme también en estrella, como mi hermana. Por las noches, en el patio, pasaba largo rato mirando al cielo.

¡Han muerto tantos niños! ¿Cuál será la muñeca mía? Si alguna me guiñaba o brillaba más que las otras, imaginaba que sería ella.

Una noche vi como si una se desprendiera y fuera a caer en un aljibe que estaba cerca de mí. Corrí y miré el pozo. Había una estrella en el agua, y llena de alegría fui a decirle a mi madre:

—Mamá, mamá, las estrellas bajan en silencio a beber agua.



Una madre sembró un rosal

En la esquina de mi casa advertí un hombre, casi un adolescente, humilde su mirada y su traje, veía lejos. Tenía unas rosas rojas en la mano derecha. Luego de verle, observé las flores y pensando que serían las últimas que le quedaban por vender, le pregunté:

—¿Vende esas rosas?

—No, —me dijo— son para mi mamá, hoy es su santo.

Seguí mi camino, avergonzada un poco, pero en mi pensamiento iba la imagen de la madre de aquel joven, buena y sencilla, como todas las madres. Pobre y llena de privaciones, pero con sensibilidad para admirar un manojito de flores. Imaginen la alegría que le daría el hijo. Pensé que no obstante la agitada vida, hay tiempo y dinero para hacer feliz a una madre que supo sembrar rosales. En una casa humilde estará una mujer esperando el regreso del hijo que en esta vez lo hará con un ramo de rosas en la mano.

Ayer fue un día distinto

A veces parece como si todos los días fueran iguales y apenas un ave, una flor, o simplemente un acto sencillo de la vida nos hace volver a nuestro mundo perdido. De nuevo encontramos una razón para sentir algo en nuestro ser que nos permite recobrar el brillo de los ojos. Sentimos entonces como si el pecho se ensanchara y surge el deseo de contarles a los que nos rodean las maravillas que por un rato ha sido un remanso, un pocito de agua clara.

Todavía nuestros deseos van más allá y quieren pasar hasta las fronteras y por nuestros ríos van corriendo las palabras para llegar a un extendido cielo donde van quedando como cocuyos de cristal.

Uno de esos días fue el de ayer. El Ávila parecía que desplegaba gasas para cubrirse. Los árboles a cada lado de la avenida se veían más hermosos que de costumbre. En estos días cercanos a la navidad se han llenado de flores amarillas. Las gentes van con prisa a su trabajo, los vehículos cruzan la calle como una serpiente larga. El parque con sus niños, sus juegos y de vez en cuando los ojos tristes de alguno retenido por su aya que no quiere correr tras él. De pronto una voz, casi un susurro, me detiene:

—Señola, regáleme un bebecito.

—¿Un qué ...? ¿Un medicito?

—No, un bebecito como aquel para yo jugar. —Señala un coche donde un bebé dormía. Comprendí entonces lo que el niño me decía y le respondí:

—No, hijo, yo no regalo bebecitos. ¿Tú no tienes un hermanito?

—No, yo quiero un bebecito.

Por un momento pensé en la tristeza de un niño solo.

—Dile a tu mamá que te regale un bebecito para que juegues y seguí mi camino.

Las horas del día me hicieron olvidar el pedido imposible de la niña que me detuvo un rato con su deseo y al recordarlo me hace pensar que ayer fue un día distinto.

Las edades

¡Qué difícil es tener treinta años!

Tú los tendrás algún día. Ahora estás muy niño y no me comprendes. Ríes, lloras, sueñas. Es difícil tener treinta años. Es ponerse en el medio de las otras edades. Es olvidar nuestros problemas e inquietudes para atender a los demás. Es ser a ratos viejo y a ratos niño sin olvidar que hemos sido adolescentes. Estar entre el niño y el viejo que no se entienden. ¡Hace tanto tiempo fuimos niños y falta mucho para ser viejo! Cuando se tienen treinta años hay que justificar los actos de unos y de otros.

Todo esto lo digo a mi hijo que está en la cuna. Él me mira y sonrío. Parece que no me entendió nada porque se ha quedado dormido, tranquilo y silencioso.

Los niños y los sueños

El Ávila parece un viejito

El Ávila está hoy con un verde más oscuro, casi negro, porque ya la tarde muere y la noche invade lo que era claro.

Rubén Darío, desde el balcón frente al cerro, mira extasiado las nubes como muchachas traviesas que tratan de jugar con él, cubriendo, con sus gasas, aquí y allá. Sus negros ojos miran cómo se desplazan dando distintas formas, caprichosas algunas y casi humanas otras; pero cada vez descubre un nuevo cuadro.

Mientras la tarde pasa, todo se llena de apacible encanto. De pronto, desde el balcón se oye la voz de Rubén Darío que en ese momento ve una nueva figura, allá, en el lejano paisaje, y que le ha llamado la atención.

—Mamaíta, mamaíta, corre para que veas. ¡El Ávila parece un viejito!

En ese instante la parte más oscura toma la forma de una cabeza y las nubes se han quedado en la parte más baja.

—Es verdad, mírale la cabeza y las barbas.

Desde afuera llegan los comentarios de la madre y del hijo, tan llenos de entusiasmo, que por un momento desvían la atención de Raúl. Intrigado corre hasta ellos.

—¿Y dónde está el anciano?

Quiere estrenar una nueva palabra, pues ha oído varias veces «viejito».

—No, hijo —le dijo la madre— no hay ningún anciano, es que tu hermanito es un poeta y ve las cosas distintas. Tú no ves nada, pero él y yo sí.

Raúl mira las cosas con más realidad, por eso vuelve a preguntar:

—¿Mamaíta, y los poetas ganan más plata que los militares?

—No, hijo, los poetas no ganan nada.

—Entonces yo siempre voy a ser militar —dice— y se va a continuar lo que estaba haciendo.

Rubén Darío sigue descubriendo nuevas figuras en el Ávila que parece darse cuenta de su muda contemplación. La madre, en silencio, observa.

La dulce vía

Hoy que siguen los cocuyos de cristal de mis relatos he tenido que recordar cuando Rubén Darío y Raúl estaban pequeños y los dormía con canciones. Una de estas era la canción de cuna que dice:

*Este niño lindo
que nació de noche
quiere que lo lleven
a pasear en coche.*

*Este niño lindo
que nació de día
quiere que lo lleven
a la dulce vía*

La primera estrofa se la cantaba a Rubén Darío que había nacido de noche como si una estrella se hubiera desprendido del cielo y fuera a caer en una cuna azul que había en mi cuarto. La segunda se la cantaba a Raúl que había venido al mundo un claro día de marzo como un rayo de sol cernido por la ventana.

A Raúl no le hacía mucha gracia la letra de la parte que le cantaba y me decía:

—Yo no quiero il pa'la dulce vía. Yo quiero pasear en coche.

Ya Raúl tiene quince años, pero noto que sigue prefiriendo el coche a la dulce vía.



Un jardín

Había ido de visita a casa de mi hermana que vive en un pueblo distante. Ella tiene cuatro niños los cuales me recibieron con mucha alegría. Los padres habían salido. Alegres con la compañía de los sobrinos, esperé el regreso. Me mostraban sus juguetes, sus libros. Me contaban sus travesuras y sus chistes. Alguno se quejaba, pero todos saltaban a mi alrededor como pájaros en la lluvia.

Les había llevado unos bombones envueltos en papelitos de colores y estaban muy contentos. No sabían qué hacer con tan lindos envoltorios. Les dije entonces que con esos papeles se podía hacer un jardín. Con palillos finos y unas tijeras improvisamos flores que pronto estuvieron sembradas en la arena. Era un precioso jardín y los niños lo contemplaban llenos de júbilo. Cuando fueron a buscarme para que lo viera, el hermanito más pequeño tomó una regadera que tenía y las bañó. Pronto las flores doblaron sus brillantes pétalos. El jardín estaba deshecho.

—¡Tía, mira cómo Armando deshizo nuestro jardín! — gritaron los niños en coro.

—Pero no lloren por eso. No ven que ese era un jardín de mentiras. Hagan otro —esta fue la respuesta de Armando.

Aire acondicionado en Mérida

Armando, uno de mis sobrinos, cuenta años con una sola mano. Vive con sus padres en un campo petrolero donde el sol es más fuerte que en ninguna otra parte del país. Allí nació. Sabe de cabrias y taladros, de pozos de petróleo y «mechurrios» que son escapes de gas. Por las tardes, cuando pasea por las avenidas siente mucho calor, pero al llegar a su casa un aparato eléctrico le brinda aire fresco.

Sabía todas estas cosas, mas no que existieran pueblos fríos. Lo supo cuando fue de vacaciones con sus padres a Mérida, ciudad situada al pie de la Sierra Nevada, único lugar de Venezuela donde se ven las montañas cubiertas de nieve.

—Mamá, aquí hay aire acondicionado hasta en las calles. ¿Por qué no nos mudamos para acá y así mi papá no gasta tanto en corriente eléctrica?

Los libros de cuentos

«Me gustan los cuentos porque me hacen soñar despierto.»
(Frase dicha por un niño de diez años)

Un gran escritor dice: «El mejor libro para niños es aquel que sea como las alas del mundo» y esto me hizo recordar los libros que veía en mi infancia. Entonces no había tantos ni tan bonitos como los de hoy. Para mí eran un verdadero encanto los pequeñísimos libros de Callejas. Tenían las alas del mundo porque en ellos volaba una niña.

Yo pienso que el mejor libro para niños es aquel que llega cantando hasta el corazón. A los niños les gustan los libros de cuentos. ¿Todos los libros? No, aquellos que le hablan de verdades, de aventuras, de cosas buenas o simplemente los que nada dicen pero que los ponen a soñar.

—O—

¿Qué mira el niño que vende periódicos y revistas? Ha olvidado su negocio. Es muy pequeño para trabajar y para pensar en el dinero. Es un niño. ¿Qué mira el niño? En su cara fresca juegan sonrisas.

Es domingo y los periódicos traen un suplemento de colores que lo hacen olvidar su trabajo. No se fija en mí y yo no quiero interrumpir su silencio lleno de campanitas. Espero. Me ve y guarda su papel para atenderme.

—¿Qué lees? —le pregunto.

—El suplemento —me dice, mostrándome la parte que veía. Un perrito dormía en la puerta de su casa mientras un perro grande y flaco se come el hueso que tiene cerca el perro que duerme.

—Mire, qué perrito tan bueno, se hace el dormido para que el otro coma.

—O—

Me contaba mi hermano que su hija Lucía, quien todavía no va a la escuela, miraba un libro primario cuyos colores y dibujos le llamaban la atención. Tenía este libro unas figuras y al lado el nombre de cada una de ellas. Todas comenzaban por *a*.

Lucía muy contenta dice a su papá:

—Mira, papá, ya sé leer. Y comenzó:

pa ja ri to	por	ala
ma ti ca	por	árbol
rue di ta	por	aro

—Qué bien, ya mi hija sabe leer— dice el padre y agrega:

—Tan linda mi hija, no acertó con ninguna figura ni palabra.

Un San Nicolás de mentiras

Carmen Carolina es tan pequeña que todavía no ha visto un anciano, un hombre con los cabellos blancos.

Sus padres, sus tíos y hasta sus abuelos son jóvenes. Su mamá le habla de la navidad, de los regalos, de los juguetes, del Niño Jesús y San Nicolás. Ya sabe que el Niño Jesús es como ella, como su hermanito, pero no puede imaginarse a San Nicolás, por eso pregunta:

—Mamaíta, ¿cómo tiene los ojos San Nicolás?

—Azules.

—¿Y el pelo?

—Blanco.

—Entonces es un San Nicolás de mentiras — responde— porque no hay un hombre con el pelo blanco.



El regalo de Navidad

Ninela es hija única de una buena amiga cuya voz se acerca a la orilla de los pozos y de los corazones.

Madre e hija comparten la vida juntas, por eso no es raro descubrir en la madre frescura en sus palabras y en la hija frases de gran contenido humano con serias reflexiones. Ella ha aprendido muchas cosas en la conversación diaria que tiene con su mamá.

Había pedido una bicicleta al Niño Jesús y por varios días estuvo ansiosa esperando la Noche Buena, mas hubo oportunidades en que dudaba Ninela que el Niño Jesús se la trajera porque vivía en una urbanización apartada donde no llegaban autobuses.

Ninela olvidaba que el Niño Jesús viajaría con su auto de sueños, ligero, suave, color de rosa y que allí junto a su cama dejaría el regalo pedido.

La niña participaba con sus familiares de la alegría de la fresca noche llena de luces, de colores, de cancioncillas navideñas, de calor hogareño y estuvo haciendo viajes a su cuarto, luego regresaba triste, incrédula.

—Mamaíta, no ha llegado nada. No está la bicicleta.

Se quedó dormida la niña y en sueños llegó su regalo. Cuando abrió los ojos no pudo contener un grito. Corrieron todos los que estaban en la casa. Ninela, de rodillas, contemplaba su juguete, llenos de lágrimas sus ojos. Lloraba. La madre también lloró cuando su hija le dijo:

—¡Sí vino, sí vino! No me engañó. Mira, mamaíta mi bicicleta.

El mismo hombre del otro día

Todo está cubierto con paños morados. Es Viernes Santo. Hay niños que miran y preguntan. Raúl tiene apenas cuatro años y no entiende nada de lo que pasa. En un sepulcro está Jesús, morado también por los golpes recibidos. Por los cristales se mira su rostro ensangrentado y sus manos y pies heridos.

—¿Quién es ese hombre? —pregunta Raúl.

—Es Dios Nuestro Señor que lo mataron —le responde su mamá.

—¿Por qué lo mataron?

Le explica de la manera más sencilla la Pasión del Señor, pero su respuesta llena de asombro a todos:

—Mamaíta, ¿este no es el mismo hombre del otro día? Mi abuelita me contó eso mismo.

El otro día hacía un año.

Las salidas de Consuelito

Consuelito cuenta apenas tres años. Desde recién nacida empezó a llevarse su dedo pulgar a la boca y comenzó a sentir tal placer que pasa largos ratos en su pequeña y fea distracción. No ha valido nada para que desista de ella. Como ya se acerca el día de llevarla a la escuela y notando la madre que está ansiosa de irse con sus hermanos mayores, aprovecha esta circunstancia para decirle:

—Mira, Consuelito, tienes que dejar de chuparte el dedo porque va a ser muy feo que tú sola estés en la escuela con esa costumbre. Se van a reír de ti.

Consuelito no muestra ninguna preocupación y deja ver su gran personalidad, con una seguridad en sí misma, le responde:

—No, mamaíta, no se van a reír de mí porque yo voy a enseñar a todas las niñas a que se chupen el dedo.

Papá Dios enciende las luces

La misma Carmen Carolina, que ha hecho su mundo de magia de fantasía y sueños, vive y fabrica sus historias. Hace preguntas, para comprobar si las respuestas están de acuerdo con sus apreciaciones y si no, dice sin vacilar: «así no es». Se ha vestido con los trajes de su mamá y al mirarse en el espejo se da cuenta que le faltan unos zarcillos largos.

—Mamaíta, yo quiero unos zarcillos largos que se muevan cuando yo diga con la cabeza que no, así, así... y la mueve de un lado a otro.

—Pero cómo vas a tener zarcillos largos, si eres una niña tan pequeña que todavía usa chupón —le dice su madre.

—Bueno, mamaíta, cuando Papá Dios prenda las luces yo lo escondo y me pongo los zarcillos y cuando las apague me los quito y busco mi chupón.

Con qué facilidad arregla sus cosas Carmen Carolina. Qué seguridad hay en sus palabras y en su imaginación. Verá a Papa Dios encendiendo y apagando las luces como los viejos faroleros de la época de nuestros bisabuelos. Lo verá siempre ocupado haciendo los días y las noches.

Pedacitos de noche en la ventana

Cuando María Elisa solo contaba tres años, fue a una ciudad de los Estados Unidos, en compañía de sus padres. Era tiempo de invierno y caía la nieve como si el cielo se cayera a pedazos. Para María Elisa esto resultó muy extraño, pues como en nuestro país no podemos ver así la nieve, sus ojitos asombrados miraban y miraban. Se hacía tarde y su mamá quería que descansara. El viaje fue largo.

—Duérmete, María Elisa, mira que es de noche.

Por la mañana muy temprano, ya despierta seguía mirando. Al entrar su mamá le dice la niña llena de entusiasmo:

—¡Mira, mamaíta, todavía están cayendo pedacitos de noche!

Pasando el infinito

Fernando va con sus padres al centro de la ciudad. El auto lleva su radio cortando la veloz carrera con noticias y canciones. De pronto, al atravesar un túnel, el radio deja de sonar. Fernando observa y pregunta:

—¿Por qué el radio se apaga cuando pasamos por aquí?

—Porque estamos debajo de la tierra —le respondió su mamá.

—¡Ah! entonces estamos pasando por el infinito.



Esta niña no se aburre

Delia se llama una niña que ha nacido y vive en Araya, una de las dos penínsulas del Estado Sucre. Los niños de allí saben de barcos y de olas, de tempestades, de redes, de perlas, de colinas de sal. Muchos niños se ven a la orilla del mar esperando a los pescadores para ayudar a halar el «mandinga» o chinchorro y seleccionar los peces más bellos. Por las tardes van al Castillo que le habla de leyendas antiguas.

En aquel lugar pasé un mes y Delia fue mi mejor amiga. Con gran vivacidad me hablaba de cosas maravillosas. Me decía que ella era una estrella de mar, que los animales de su casa le hablaban.

Una mañana en que no salimos al mar quedó a mi lado, mientras yo cosía para el niño que iba a nacer. Estaba más alegre que de costumbre. Me preguntaba sobre el niño, sobre el día que nacería y así transcurrió el tiempo hasta que su padre vino por ella, cercano el mediodía.

Delia es un encanto —le dije— una gran compañera. No se fastidia con las personas mayores. No se aburre de estar sentada conversando como viejecita.

—Es que ella no se aburra —dijo el padre.

La rapidez para comprender el juego me llenó de asombro y más aún cuando oí la respuesta de la niña, una respuesta forjada en su ambiente:

—Ni se aburra, ni se aperra, ni se acochina.

Tengo un negrito amigo

—¡Mamá, tengo un negrito amigo, lindo, parece un osito! Mañana te lo traigo para que lo veas— Esto me dijo Raúl cuando regresé una tarde.

Desde aquel momento este amiguito fue un miembro más de la familia. Comía, jugaba y por las noches se iba con su mamá. Ella trabajaba en una casa vecina. Alirio era bello y vivo. Quería a mis hijos como si fueran sus hermanos. Como era más pequeño, estos lo bañaban, lo vestían.

Alirio veía poco a su papá y por eso su imagen se le borraba de su tierna cabeza. Siempre le resultaba extraño.

Una noche Alirio se fue, como de costumbre, pero sus gritos nos hicieron correr hacia él. Pálido temblaba. Nada había cerca que lo hubiese asustado tanto, pero con su pequeño índice oscuro nos indicaba un sitio donde estaba un hombre.

—Ese negro feo me quiere llevar —nos dijo.

El negro feo era su papá. Mis hijos tuvieron que acompañarlo hasta su casa y luego se reían del asombro de Alirio.

Las primeras palabras

Las primeras palabras del niño son como gotas de lluvia sobre campanas; como caja de música que resbala, como cristal del día; fruta fresca, ternura, alegre risa. Luis Guillermo tiene tres años y sabe que los helados y los dulces se compran y mide el valor de las monedas por su tamaño. Esto me recuerda cuando yo tenía su misma edad. También sabe lo que significan estas dos palabras cortas: sí y no.

Hoy me he dado cuenta al preguntarle:

—¿Quieres plátano?

—Plata sí. Quiero plata —me miraba mientras hablaba, con extrañeza.

Comentaba esta gracia con una vecina que tiene un hijo de esta misma edad y me dijo que el de ella, llamado Javier, confunde los posesivos, pero no tanto si observamos el siguiente diálogo:

—¿Quieres turrón, Javier? —le preguntó cierto día su mamá.

—Dame «mirrón» —le contestó Javier sin vacilar.

El diluvio universal

Desde muy pequeño Raúl ha demostrado cariño y ternura por los animales. Cuando veía en la televisión alguna escena de la selva donde cazadores matan a un tigre, lloraba. Para consolarlo le decía que los tigres son malos y se comen a la gente y a los animales útiles, entonces Raúl salía en defensa de ellos: «pero si no vienen a la ciudad, son los hombres malos que lo van a buscar a su casa...»

¿Quién podría discutir su verdad?

Poco a poco se fue dando cuenta que hay animales dañinos y peligrosos. En algunos casos tuvo que experimentarlo en carne propia como sucedió el día que jugaba en el jardín y con una rama tropezó un avispero. Los gritos desesperados me hicieron correr en su auxilio, pero más que susto mi pobre hijo sentía dolor. Por todas partes de su cuerpo se veían las picaduras. Más tarde se hinchó. No podía comprender cómo un animal tan pequeño pudiera hacer tanto daño. Se veía en el espejo y decía: «parezco un marciano». Desde ese día miraba de reojo a las avispas.

Un día alguien le habló del diluvio, del arca de Noé. De cómo supo Noé que iba a llover durante cuarenta días y cuarenta noches hasta que se ahogaran todos. Solo se salvaría él con su familia porque había construido un arca donde metió con sus familiares una pareja de cada una de las especies de animales. Raúl no aceptaba que hubiese metido también avispas en el arca y decía:

—Qué bruto era ese viejo, mamá, si no hubiera metido avispas no existieran y no me habrían picado.

Mi señorita huele a muñeca nueva

Margarita se llama la isla más hermosa de nuestro país. Junto con las de Coche y Cubagua forman el Estado Nueva Esparta. Margarita es perla, es flor. Margarita también es el nombre de una niña que conocí en estos días a través de su mamá. Una niña feliz y quizá parte de su felicidad consiste en la comprensión de sus padres, de su noble compañía. Su mamá es maestra. Su padre es pintor y escultor. Hablan con ella, juegan y sale con ellos a pasear.

Me contaba su mamá que ella siempre emplea frases muy bellas e ingeniosas y que hacen reír porque tienen gracia. Hubiera pasado toda la tarde oyendo hablar de Margarita.

—Mi señorita huele a muñeca nueva. —Se refería a su maestra—.

Dijo así una tarde que regresaba de su escuela, contenta, tal vez de su maestra joven, bonita, pulcra, que no solo da sonrisa sino palabras amables.

Otra vez Margarita regresa quejosa del paseo con su padre:

—Mamá, tú sabes una cosa, le pedí dinero a mi papá y me dijo que no tenía, pero pasó el muchacho vendiendo el periódico y lo compró.

Se acercaba el día de su cumpleaños. Su mamá la llevó a las tiendas para que escogiera su regalo. Se detenía en los estantes llenos de juguetes. Tocaba aquí y allá hasta que se detuvo frente a una muñeca:

—Cómprame esta muñeca, mamá.

—No, hija, esa cuesta mucha plata.

—Entonces esta bicicleta.

—Tampoco. No hay para tanto.

—Mamá, ¿tú nunca has tenido plata?

—No, hija. Por eso trabajamos tu papá y yo.

—¿Y cómo has podido vivir tanto tiempo sin plata?

Se había bañado Margarita y había salido del baño fresca y olorosa, al cuarto. Allí estaban su papá, su mamá y la muchacha que les servía.

Su cuerpecito desnudo y limpio parecía un lucero que danzaba en la habitación, pero su mamá estaba allí para decirle:

—¡Margarita, ¿cómo sales desnuda del baño?

—Pero mamaíta, si estoy en familia: mi papá, mi mamá y la sirvienta.

—Sirvienta no digas.

—Entonces, ¿ella qué es?

—Bueno... ella es la que te cuida y te ayuda.

—¡Ah! ¿Como la Virgen María?



El juguete que no llegó

Ha regresado el tío de Luis Guillermo de un viaje corto que hizo por otro país. Los sobrinos lo reciben con más entusiasmo que nunca. Trae los brazos llenos de paquetes. Luis Guillermo con sus tres años sale también a recibirlo. Su tío le dice: «aquí viene tu regalo».

Ya se ve con un juguete que no puede precisar lo que será, pero sus ojitos brillan como dos lamparitas, tratando de adivinar. Se alegran y dan luces cuando pasan de un paquete a otro. Por fin se abre el que viene señalado para él. Aparecen dos pantalones.

Nada dice el niño, mas sus ojos hablan. Han perdido el brillo de antes. Sus labios callados dicen de su desilusión. Toma los pantalones, los mira varias veces hasta detenerse en la etiqueta. Allí queda un rato largo su mirada.

Notando su tío que su regalo no produjo la alegría que esperó dice con cierta nostalgia:

—A Luis Guillermo como que no le gustó el regalo.

Levantó el niño su cara y mostrando la etiqueta que tenía un niño tan pequeño como una hormiga, con los pantalones, un bate, una pelota y un sombrero, dijo:

—Es que le faltó el sombrero y la pelota.

Las preguntas de Abel Alfonso

Abel Alfonso está en la edad en que todo se halla tejido de preguntas. Quieren que le diga por qué vuela un ave, por qué el sol sale de día y no de noche, por qué hay niños ricos y niños pobres.

Me contaba su padre que entre tantas preguntas que le ha hecho, recuerda las siguientes:

—Papá, ¿qué es un ave?

—Bueno... hijo, un ave es un animal que tiene alas y vuela —le contestó el padre tratando de ser lo más sencillo posible para hacerse entender.

—Entonces, ¿una mosca es un ave? —volvió a preguntar Abel Alfonso.

—O—

—Papá, ¿para qué se trabaja? —preguntó otro día.

—Para ganar el dinero que se necesita. Con él se compra la comida, se paga la casa, la ropa y hasta los juguetes.

El padre se extendió en explicaciones que Abel Alfonso no comprendía. Él solo quería tenerlo a su lado y jugar con él, pero el trabajo se lo impedía pues debía irse interrumpiendo el juego. De nada le valían al niño los trucos para retenerlo cuando se acerca la hora de ir a la oficina. Sus súplicas no lo convencen, entonces muy resignado le dice:

—Cuando yo sea grande te voy a pagar para que te quedes jugando conmigo.

Se acerca la navidad y Abel Alfonso también quiere su juguete nuevo:

—¿A quién le hago la carta para pedir un regalo, al Niño Jesús o a San Nicolás?

—A quién quieras de los dos —le respondió su padre

—Se la haré a San Nicolás —dijo Abel Alfonso, decidido.

Fue con su padre a llevar la carta a San Nicolás que esa tarde estaría en una tienda de juguetes, despertando la atención del público, especialmente de los niños. Al tenerlo cerca, con sus barbas blancas y su traje rojo, sintió miedo:

—Papá, ¿hay otro San Nicolás que trae juguetes? Porque este me parece muy feo y no me gusta.

—No, ese es San Nicolás —le dice el padre.

—Entonces se la haré al Niño Jesús— y rompió la carta.
Yo era...

Varios niños hablaban cerca de mí. No reparaban en mi presencia y yo oía complacida sus diálogos. Era como bañarse en una fuente limpia o estar a la orilla de un río. ¿Qué hablarán las aguas? ¿Qué dirá el viento cuando cruza por nuestras cabezas? ¿Qué se dirán las hormigas cuando se encuentran?

Estos niños discutían. Uno decía que él era un conejo que se había perdido y que cuando su mamá lo encontró, se volvió niño.

—Yo era —decía una niña— una bolita de algodón que estuvo muchos días en una cuna hasta que me volví una niña.

—Yo vine en un avión que hizo mi papá —dijo otro. De pronto oí una voz ronca que salía de un niño de apenas tres años:

—Yo no era nada. Yo era Rubencito desde que nací.

Yo soy

El mismo grupo de niños jugaba a los mayores y estaban escogiendo los papeles:

—Yo soy la mamá —decía la más grande.

—Yo soy el papá —decía otro de los mayores.

—Tú eres el bebecito —decía la niña grande al más pequeño.

—Yo soy la tía que viene de visita —dijo una.

Estaban distribuidos todos los papeles y Rubencito, callado, esperaba que le diesen alguno, mas viendo que no lo tomaban en cuenta, incómodo, les dijo:

—Yo soy el sádico que se lleva a los niños.

Ante esta amenaza deciden darle el papel de padre.

—Tú eres el papá entonces, pero como él no está en la casa porque tiene que trabajar, te vas lejos, mientras nosotros jugamos. Solamente vienes a la casa a dormir.

Yo seré...

—Yo seré heladero porque así comeré bastantes barquillas —me dijo un niño al preguntarle qué sería cuando grande.

—Yo voy a ser «inyectora» —me dijo Lucía cuando apenas contaba cuatro años. Quería decir enfermera.

—Yo voy a ser señora en inglés —dice mi sobrina Graciela que vive en un pueblo petrolero del Estado Zulia. Decía esto por la admiración que siente hacia las amigas norteamericanas de su mamá.

—Yo seré un ingeniero casado —me decía Rubén Darío, años atrás. Rubén Darío siempre habla de cuando se case, de sus hijos, de su hogar y recuerdo que una vez me dijo:

—Mamaíta, cuando sea ingeniero casado te voy a hacer una casita en la carretera de Los Teques, para que tú vayas a pasar unos días con nosotros.

Extrañada le pregunté:

—¿Y quiénes son nosotros?

—Pues, mi señora, mis hijos y yo.

Raúl, su hermano, decía: «yo voy a ser militar». Una tarde, de visita en casa de su tío, este le preguntó:

—¿Qué vas a ser cuando seas como yo?

—Militar —fue su respuesta sin pensar.

—Yo creo que tú serías mejor un médico porque te gusta hacer remedios y sufres cuando alguien se enferma —le dijo su abuelita.

Pensando su tío que estas palabras harían vacilar a su sobrino, le vuelve a hacer la misma pregunta y su respuesta fue la sorpresa de todos:

—Entonces voy a ser médico-militar.

Después seré ángel-ángel

Me contaba un periodista amigo que su hijo, José, de solo siete años le sorprende con sus frases y sus observaciones. Siempre responde algo, pero no se queda mudo. Muchas veces su padre lo lleva con sus preguntas hasta donde cree que pueda hacerlo callar, pero jamás lo consigue. Esto lo sabe muy bien el padre del pequeño José porque es su mejor amigo y pasa muchos ratos en su compañía.

Una tarde caminaban por las calles de la ciudad y se reían de lo que hablaban. Al pasar frente a una funeraria el niño se puso serio.

—Papá, uno no debe reírse cuando pasa por aquí porque en esta casa ponen a los hombres-muertos.

Quiso el padre alejar al niño de su sombrío pensamiento y le dijo:

—Cuando yo sea grande voy a ser hombre-hombre —dijo el niño.

—¿Y ahora qué eres? —le preguntó el padre.

—Niño-niño —fue su respuesta.

—¿Y después? —volvió a preguntar el padre.

—Hombre-hombre.

—¿Y después? —seguía el padre interrogando.

—Viejo-viejo.

—¿Y después?

—Muerto-muerto.

—¿Y después?

—Ángel-ángel.

—¿Y después?

—Bueno papá... nada nada.



La muñeca rota

Apareció rota la muñeca fina que habían comprado a Carmen Carolina en diciembre.

—¿Quién ha roto la muñeca? —preguntó la mamá disgustada y por un momento olvidó que los juguetes son para que los niños jueguen y no para tenerlos como objetos de adornos.

—¿Quién ha roto la muñeca? —Volvió a preguntar la madre. La mirada iba dirigida a la niña.

—Yo no fui, mamá, fue el nené.

La madre castigó al niño para que no lo volviera a hacer.

Lloró mucho Enrique y ya calmado le dijo a su hermanita:

—Tú eres maluca, chichita, dijiste que fui yo y me pegaron duro.

—No, nené, no llores que cuando tu rompas algo dices que fui yo para que me peguen a mí.

Se limpiaron las lágrimas. Volvieron a jugar juntos y todo olvidado.

Los tres niños periodistas

El Día es elaborado por tres niños durante sus vacaciones. Con unas hojas de papel, un lápiz y mucha imaginación hacen este periódico que Marcelo, el más grande dice en su «editorial»:

El Día es un periódico que tiene lo que le falta a los demás periódicos, algo que ninguna revista ha traído, la confianza. El pueblo venezolano acostumbrado a las alegrías y aventuras necesita una revista distinta de las demás.

A Iván ha sido encargada la sección que en este periódico se llama «El hogar» y en el número que tengo en mis manos, Iván dice así:

El Hogar

«Mamá, papá, tía y nosotros formamos el hogar. Papá trabaja en la calle y mamá en casa, mi tía en el Banco de Sangre, Elvia en la escuela y yo en la escuela y arreglando los soldados de juguete.

Mi papá se la pasa echando regaños a todo el mundo.

Mamá es muy buena. Ella no regaña a nadie».

A Elvia le ha tocado la parte de las noticias. Entre las más importantes que nos da, citaremos las siguientes:

«Felicitamos al niño Iván por haber pasado al tercer grado con 16 puntos.

Ampliaron los muelles de Puerto Cabello.

Felicitaciones también para Luisa Bernarda por haber pasado a otro grado.

Robaron 15 Bs. en joyería de Valera.

Lanzó EEUU un nuevo proyectil».

También tiene *El Día* su sección de pasatiempos y qué gracioso el crucigrama con sus palabras cruzadas llenas de pureza infantil:

«Tela que sirve para hacer las velas de los barcos
Cosa que sube de la leche hervida
Tela que se saca de la oveja.
Nota muy grande».

Marcelo inventa su adivinanza:

«Tengo P y no sola, soy pino y no soy árbol.
¿Qué soy entonces?
Esta es la solución: Pepino».

Ojalá tuviéramos, siempre, aunque una vez al año, un periódico como *El Día* que tiene —como dice su editorial— «lo que le falta a los demás periódicos», la frescura y la bondad que solo los niños saben dar.

Niños del páramo

A Manuelito lo ha traído un matrimonio de su viaje de vacaciones por las regiones andinas. Vieron a Manuelito como se ven tantos niños de nuestras montañas, pobre, descalzo, con hambre y frío, pero con unos ojos llenos de esperanzas y una sonrisa pura, limpia y cristalina como las cascadas que se desprenden de las rocas. Este niño perseguía mariposas y recogía pensamientos y nomeolvides que en sus manos daban más calor y vida, para ofrecerlos a algún viajero que se detuviera en el camino.

Ahora Manuelito sabe de cama limpia y de comidas completas. La ciudad le ha enseñado a caminar con zapatos y mira los edificios tan altos como sus cumbres. Sabe también de la generosidad de sus protectores quienes serán sus padrinos.

—¿Por qué no les digo, más bien, papá y mamá? —les dijo una tarde, con su modo de hablar típico de la gente de los Andes.

Los buenos padrinos se rieron complacidos. Están sembrando en tierra blanda y abonada.

Manuelito está muy feliz, mas no olvida a su hermano más pequeño que se quedó a la orilla de los barrancos con la misma suerte de los otros. Por eso una tarde le dice a su padrino:

—Padrino, voy a hacerle una pregunta: ¿me puedo traer a Javierito?

Una sonrisa fue la respuesta. Un no, llenaría de tristezas el pequeño corazón. Un sí sería una promesa que no podría cumplir y a los niños no se les puede engañar.

Había pasado varios días y como el padrino nada decía volvió Manuelito a preguntar:

—Padrino, ¿cuándo me va a responder la pregunta que le hice el otro día?

Otro matrimonio amigo trajo hace poco de Norte América un niño para alegrar un hogar sin hijos. El niño rubio, de ojos azules hace un bello contraste con los cabellos y los ojos negros de la madre nueva.

—Cuando esté más grandecito iré al Canadá a buscar otro para que lo acompañe —me dijo mi amiga muy contenta.

Recordé la pregunta que Manuelito hiciera a su padrino y pensé que ella podría responderla o tal vez la mía que en ese momento asomó a mi pensamiento:

—¿Por qué tienes que ir tan lejos? ¿Por qué no vas a nuestros páramos a buscar a Javierito?

La abuelita de Roselina

Roselina tiene cuatro años y tres hermanos mayores. Aquel domingo estaban los niños más alegres que de costumbre porque su tía les había prometido llevarlos a Turmero, pueblo del Estado Aragua, donde estarían de fiesta. Todos saltaban contentos menos Roselina, pues su abuelita había dicho que ella no iría porque estaba muy pequeña y se cansaría mucho.

Cuando llegó la tía aumentó la alegría de los hermanos, pero también aumentaron las lágrimas de Roselina que insistía cada vez más para que la dejaran ir. Las razones de la abuelita seguían firmes. La niña lloró con más fuerza y en medio de su llanto decía:

—Mamá Rosa es de la época colonial.

Todos fueron a Turmero y regresaron felices y llenos de dulces y flores. Roselina también fue al paseo. Su frase había ablandado el corazón de la abuelita.

Otro día oyó Roselina a su papá con el sermón de siempre:

—Niños, estudien, miren que es la única herencia que les dejo. No les voy a dejar dinero, pero sí una buena educación.

La niña quería aliviar un poco a su papá de estas preocupaciones por eso muy seria le dijo:

—No te preocupes, papá, que «mamá Rosa» tiene plata en el banco.

Un día de estos

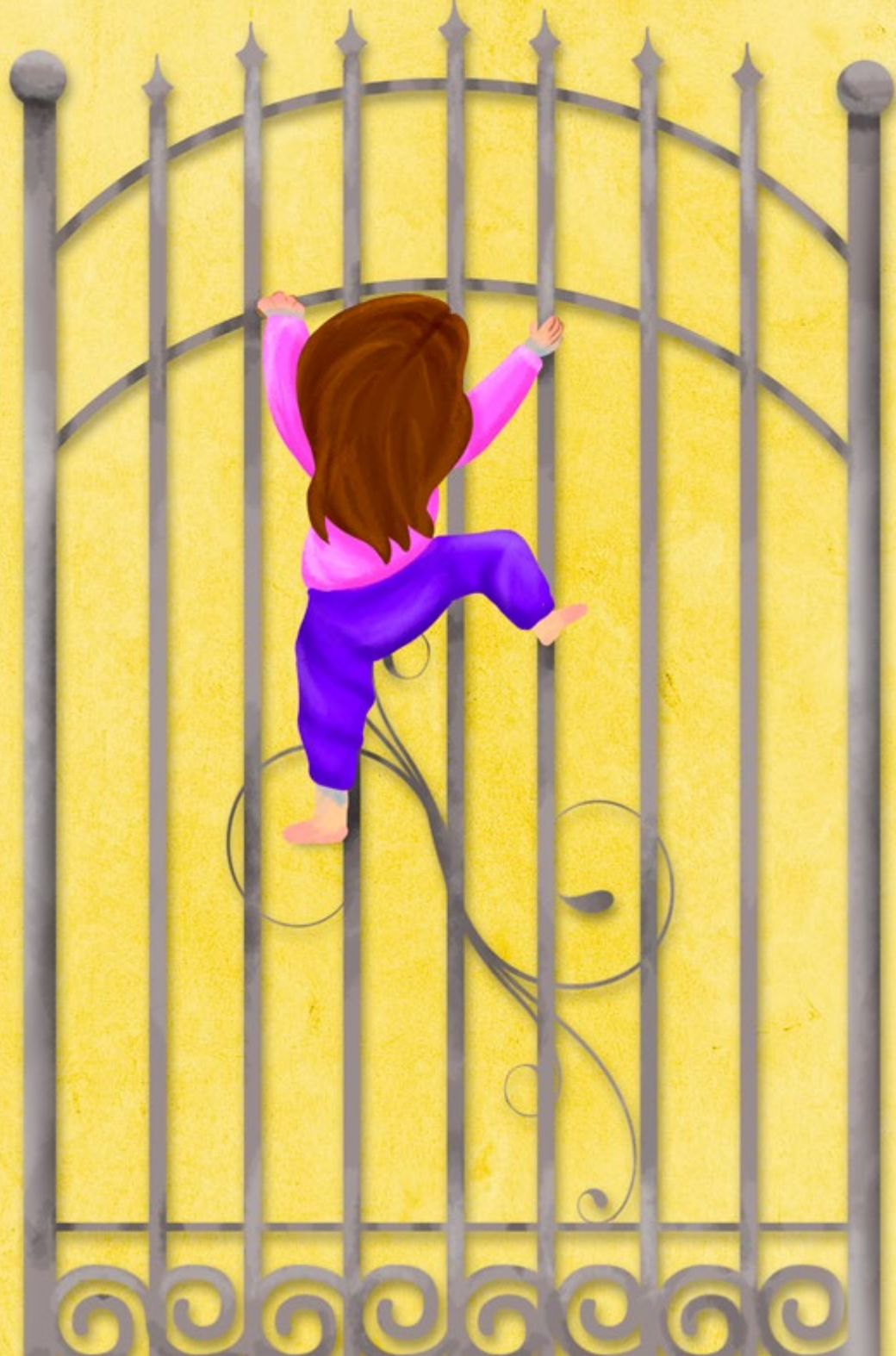
Un día de estos podría ser domingo o tal vez lunes. Podría ser mañana o tal vez nunca. El niño de mi cuento sabe que un día de estos es otro día seguro en la semana de sus sueños. Por eso esperaba paciente cuando su padre le dijo: un día de estos te llevaré al juego de pelota.

Ahora le pregunta a su mamá:

—Mamaíta, ¿cuándo me vas a comprar el carrito que vimos?

—Un día de estos —le dice ella para que conserve su esperanza.

—Un día de estos no, mamaíta, porque ese día voy con mi papá para el juego de pelota. Comprámelo más bien mañana.



La respuesta ligera

Subía Ingrid la reja de su casa. Ingrid es una niña de tres años y medio, hija de un compañero de trabajo. Subía y subía hasta casi alcanzar el final cuando fue sorprendida por su padre.

—Ingrid, ¡bájate de allí!

La niña no hizo caso y siguió subiendo. El padre pensó que estaba muy pequeña para darle una explicación y volvió a decir:

—Ingrid ¡bájate de allí! Si no te bajas te voy a pegar.

La niña asustada regresó sus pasos y ya cerca de su papá le preguntó:

—Papá, ¿por qué no me dejas subir por la reja?

—Porque no me da la gana —le contestó.

—¡Así no se le contesta a las niñas! —respondió Ingrid con su carita nublada por el llanto.

La geografía más hermosa

Rosario es el nombre de la madre-maestra que conocí en una escuela donde se inauguraba una biblioteca infantil. Sus modales suaves, su manera de hablar dulce y reposada y su gran ternura hacen pensar que todas las maestras buenas se llaman Rosario.

Hablamos un rato. De niños. ¿De qué más podrían hablar dos madres?

—Debes tener cosas hermosas de los niños tú que pasas la mayor parte del tiempo con ellos —le dije pensando en mis cocuyos de cristal.

—Sí tengo —me contestó— voy a contarte lo que me enseñaron mis hijos una tarde que regresé cansada de la escuela. Me esperaban mis dos niños para ayudarles en las tareas.

—Mamá, la maestra me dijo que contestara en una hoja de papel y con mis palabras lo siguiente: ¿qué es un campo, una aldea, un municipio, un pueblo y una ciudad? Yo no sé explicarlo muy bien porque no entendí lo que ella dijo.

El niño está en tercer grado y el hermanito en primero. Este ponía atención y notando que yo también estaba confusa, nos dijo:

—Eso es fácil. Yo sé.

El hermano mayor se rio, incrédulo. No lo sabía la mamá, ni él que estaba más adelantado era imposible que lo supiese.

Sin embargo, yo dije que podría ser verdad porque los niños saben muchas cosas con más claridad que los mayores.

«A ver, hijo, dime ¿qué es un campo?»

—Un campo es un lugar con muchas matas, muchos animales y donde viven los campesinos.

—¿Qué es una aldea?

—Un ala muy fea.

—¿Y un municipio?

—Un mundo chiquito.

—¿Y un pueblo?

—El pueblo de las hormigas.

—¿Y qué es una ciudad?

—Yo no conozco ninguna ciudad —dijo extrañado.

—Donde vivimos es una ciudad. Caracas es una ciudad —le dije.

—No señor, Caracas es la cuna del Libertador —me respondió.

Qué bien entiende este niño lo que no entendemos los grandes. Ojalá tenga siempre maestros que no le hagan cambiar el rostro de nuestra geografía.

Los niños y los animales

La gallina papuja

He vuelto a la casa del pueblo donde transcurrió mi infancia. Nuestros pueblos casi nunca cambian; las casas son como las personas que cuando las volvemos a ver se hallan más viejas. Esto nos hace sentir una triste alegría al recordar los años en que conocimos a gentes y casas.

Estaba allí el viejo tinajero que acompañó nuestros primeros pasos, travesuras y sueños, con la gota de agua, día y noche, llenando la vasija de barro, amasada por un hombre de mi pueblo y que calmaba mi sed al regreso de la escuela o del corral.

En el mismo cuarto, el viejo retrato de mi abuela que por mucho tiempo fue motivo de preocupación cuando tenía nueve años. Edad en que poco a poco vamos comprendiendo las cosas, pero también edad de grandes fantasías.

Lo miro, lo vuelvo a mirar. Me alejo un poco. Ladeo la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda. Veo la rígida figura, el gesto huraño, la expresión observadora y sus ojos siempre fijos en mí.

Se borra la imagen del retrato y recuerdo entonces la gallina papuja del corral. Sigue la casa contemplando las montañas cubiertas de nieve que le quedan al frente y siguen las mismas leyendas que en torno a ellas oía cuando niña. De pronto, el viejo reloj que cuelga de la pared, me anuncia una hora y vuelve mi pensamiento.

—Delina, son las ocho, la hora de ir a la escuela.

Era la voz de mi madre. Otras veces era la vieja Cristina que me ayudaba a vestir, la misma que llenaba mi cabeza de brujas y de hadas.

—Niña, deje esas gallinas quietas. Mire que se le hace tarde. Todo el día se la pasa detrás de los animales.

Pero Cristina no sabía de mi muda contemplación: el gallo con su actitud arrogante, las gallinas humildes y despreocupadas. Las manadas de pollitos, como ovillos de niebla junto a la madre como si pequeños hilos invisibles los mantuviera unidos a ella. Pero lo que más me inquietaba y llamaba la atención era una gallina papuja: su color, su tamaño, su forma de mirar, su porte de reina o gran señora. Y más que todo esto era el gran parecido con mi abuela, la del retrato colgado frente a mi cama. Así miraba la gallina papuja. No podía soportar por mucho tiempo el frío de sus ojos y me cubría con la cobija hasta la cabeza, pero aun así sentía que pasaban como dos filosos cuchillos. Entonces me paraba, volteaba el retrato y antes de que el sueño me venciera estaba por un rato con el sufrimiento de encontrar a mi abuela parecida a la gallina papuja.

—¿Quién será el que voltea este retrato? Ya varias veces lo encuentro así. —Decía mi madre por las mañanas al despertarnos.

—Yo, mamá —le dije por fin un día como queriendo descargar mi conciencia. Lo hago porque no me gusta cómo me mira. No, por eso no... es que... se me parece a la gallina papuja, aquella blanca y negra que tiene un modo de mirar raro.

—Esta niña es loca —decía mi madre medio sonreída.

—Pero niña, ¿cómo puede decir que una gallina se parece a doña Rafaela? Lo que pasa es que no le gusta como le aguaita las travesuras que hace.

La buena Cristina aumentaba así mis sufrimientos.

Mis travesuras eran las mismas de todos los niños de esa edad.

—Es verdad, la gallina papuja tiene algo extraño, hoy la vi bien. Parece una persona —me dijo mi madre— que antes no se había fijado en ella y que tomaba siempre muy en cuenta nuestras cosas.

Experimenté una gran satisfacción. Me sentía liberada de un peso. Tanta personalidad llegué a darle a esta gallina que cualquier suceso que ocurriera en el gallinero se lo atribuía a la «señora» como ya la llamaba.

Una tarde en una de mis acostumbradas visitas al corral sorprendí un huevo con una figura parecida a la de una culebra en uno de sus extremos.

—¿Será la «señora» que lo habrá puesto?

—¿Sería que ella vio una lombriz de tierra y su impresión se fijó en la cáscara?

Ya la «señora» había puesto muchos huevos y estaba echada sobre ocho para empollarlos. ¡Con ansiedad esperaba los ocho pollitos! Entonces pasaba más tiempo que de costumbre contemplándola. Ella me miraba indiferente y otras veces cerraba los ojos como si no quisiera verme más. Una tarde la «señora» estaba inquieta. Habían abierto siete huevos y se asomaban siete piquitos. Quedaba uno solo por abrir. Estaba igual, como si no tuviera señales de vida. Yo miraba emocionada a la «señora» inquieta.

Pasó un rato dando y dando vueltas hasta que se esponjó y volvió a echarse sobre los huevos tratando de cubrirlos. Me miraba como si quisiera estar sola. Tenía sueño y ahí mismo me quedé dormida.

—He tenido un pollito azul. ¡Cómo lo había soñado! Yo quería uno distinto a los demás. ¡Nunca había nacido un pollito azul! —gritaba la gallina.

—Delina, Delina. ¿Dónde estará esta niña? ¡Ah! Sabía que estabas contemplando tu gallina rara —dijo mi madre.

—Mamá, la «señora» tuvo un pollito azul, míralo. Levanté la gallina, segura de encontrarlo allí. La pobre ya no oponía resistencia ni se molestaba. Pero... el huevo estaba igual. Me di cuenta entonces que todo había sido un sueño.

Ya en mi cama, por la noche pensaba en la gallina y que a lo mejor ella quería tener un pollito azul y el huevo que se había quedado sin abrir podría haber sido y que no fue porque yo la miraba mucho. Esa noche no miré el retrato colgado de la pared.

Al día siguiente andaba la «señora» con sus siete pollitos amarillos por el patio. Todos cerca de ella. Al verla, un remordimiento me invadía. Ella me miraba extraña y parecía decirme:

—¡Si me hubieras dejado sola! ... Tú no dejaste que naciera mi pollito azul. Yo cerraba los ojos para no verte, pero...

En el fondo sentía no ver junto a los otros, amarillos como ovillos de lana, el pollito azul, un pedazo de cielo.

Un libro con animales

He traído a mi hijo pequeño, de tres años, un libro sobre animales con bellas ilustraciones en colores.

El niño lo enseña, lleno de entusiasmo, a Maritza, su compañera de juegos:

—Este es un perro

—Esta es una vaca

—Este es un gato

—Este es un gato grande —la ilustración es un tigre.

—Un caballo, y este es un caballito con rayas— la ilustración es una cebra.

—Aquí hay un toro... un toro no...

Mi hijo no conoce todos los animales y me pregunta:

—Mamaíta, ¿cómo se llama este?

—Hipopótamo —le digo.

—¿Un qué?

—Un hipopótamo.

Sus ojitos se fijan en mí sin entender todavía.

—No, así no, un toro feo —le dice a Maritza y voltea la página.

Las aves no tienen dientes

Los niños gritan en la escuela: ¡Viva la reina! ¡Viva la reina!

Han elegido la reina del grado porque es carnaval. Irán a la fiesta los niños vestidos de piratas, de payasos, de caperucita, de flores, de animales. ¡Qué lindo el conejo con sus orejas largas! ¡Qué bella la japonesita con sus ojos rasgados! Estará el llanero con sus alpagatas y el niño del páramo con su ruana azul y roja. Todos tendrán caramelos, serpentinas y papelillos.

El primer grado no tiene reina. Los niños están tristes. Las niñas no ríen.

—¿Por qué no tiene reina el primer grado? —pregunta alguien.

—Porque las niñas no tienen dientes —dice un niño.

A Maritza se le han caído dos dientes y cuando ríe se cubre su sonrisa con la mano. Cuando aprieta los labios parece un conejito.

—Maritza, ¿por qué se te cayeron los dientes? —le pregunto.

—Porque ya estoy viejita —me responde.

A Luis Guillermo le llama la atención que el periquito no tenga dientes.

—Las aves no tienen dientes —le digo.

—No, mamá, es que está chiquito todavía —me responde.



Delirios de un colibrí

Lo vi dar vueltas buscando algo. Se detenía en un sitio el tiempo que dura un pestañeo. Luego se iba a otro, nervioso. ¿Qué habría perdido? Si algún pensamiento cortaba mi atención se perdía de mis ojos, mas un leve movimiento indicaba su presencia. Los demás seres no reparaban en él, pero se agitaban cuando los rozaba con su figura.

Pequeño su cuerpo. Su mundo no conocía barreras. Era como una pequeña flor errante: ritmo y color.

En un momento lo vi multiplicarse. Parecían muchos al reflejarse en la fuente. Cómo medía su sed: bastaban unas gotas.

Ahora persigue a alguien que va a refugiarse en el centro de una flor. Utiliza sus medios, pero no quiere herir la rosa y huye. El jardín está lleno de su vibrátil presencia. De vez en cuando una sombra lo retiene y no lo veo. Otra vez es un relámpago que cruza ante mis ojos.

Ahora se detiene frente a un árbol. Queda como suspendido en el aire. Algo le dice. Nada oigo. Está lejos. Tal vez pidió permiso para pasear por sus ramas porque lo hace con la misma prisa de antes. Tampoco está allí lo que busca, porque vuelve al jardín. Lo asusta un retazo de papel que arrastra el viento por la hierba, pero no, es el jardinero que entra con su ancho sombrero y un rastrillo al hombro. El pequeño ser huye hasta mí, pero su cuerpecito se estrella en la luna de la ventana y cae a mis pies.

No quiero tocarlo por temor a herirlo más. Un hilo de sangre, casi como un cabello brota por su pequeña cabeza. Toda su sangre cabría en un cuentagotas. Se agita, abre los ojos, los cierra silencioso.

No sé cuánto tiempo pasó porque las cosas de la vida suceden así, unas detrás de otras, con tanta prisa que no se pueden medir por horas.

—Mamá, mamá, el jardinero nos quitó la pelota y no quiere devolverla. Dice que estropeamos el jardín, que tumbamos los pétalos, que le hacemos perder el trabajo, que no la dará más... pero ¿qué tienes?

Sus ojos buscan hasta descubrir el animalito herido. Luego se fijan en los míos, asombrados e interrogantes:

—¿Lo mataste tú?

—No sería capaz. Estaba en el jardín y alguien lo asustó. Corrió hacia la ventana y se hirió con los cristales. Por un momento, mi hijo olvidó la pelota y tomándolo en sus manos dijo:

—¡Está vivo todavía! ¡No debe morir! ¡Yo lo curaré!
—¿Qué mágicas palabras pronunciaría en su oído?

¿Qué le harían sus manos? El colibrí se levantó, miró a todos lados, buscó el claro de la ventana y en silencio se fue. Mi hijo vuelve con su queja. Le pregunto:

—¿Qué le hiciste?

—Nada. Dijo que tuvo fiebre y que veía cosas feas.
¿Cómo serán los sueños de los colibríes?

El mato de ojos tristes

Aquella tarde, una de las primeras en nuestra nueva residencia, los niños habían salido a recorrer los alrededores. Habíamos dejado el norte de la ciudad, buscando el Este para estar más cerca del sol. Bajo el puente del Guaire corrían los lagartos.

Ya mi hijo se había dado cuenta de ellos y era la primera vez que los veía. No sé quién le dijo que se llamaban matos, ni quien le habló de cazarlos.

Pasaba Raúl varias veces un papel de lija por el lomo de un tallo seco que terminaba en una horqueta.

—¿Qué vas a hacer con ese palo? —le pregunté.

—Voy a cazar matos —me contestó.

Nada le dije, pues ya conocía bastante el corazón de mi hijo que lloraba por un pajarito muerto y lleva comida a los perros callejeros.

Estuvo una hora larga persiguiendo los lagartos que cruzaban los caminos y regresó rosado, sudoroso, el palo al hombro y ningún mato en sus manos.

—¿Qué pasó? ¿Dónde están los lagartos?

—No, mamaíta, no pude, porque cada vez que los iba a coger con la horqueta me miraban con una tristeza. Y más bien los dejé ir.

El nacimiento de un sapo

—Mamá, hoy sí estuvo bonita la escuela...

Cuando Margarita dijo esto lo decía no porque encontró los capachos del jardín encendiendo sus corolas al aire, ni porque el sol se metía, curioso, por las ventanas buscando los pupitres o iluminando la frase amanecida en el pizarrón. Más que todo esto, ya visto tantas veces, Margarita encontró más bonita la escuela porque había pasado a un nuevo grado y ese día la maestra les habló de la naturaleza.

—Mamá, hoy sí estuvo bonita la escuela. La maestra nos dio una clase como un cuento. Nos dijo cómo nacen los sapos: primero es un huevo, después una larva, más tarde es un renacuajo y por último es un sapo, pero, mamáita, yo no voy a decir renacuajo porque es una palabra fea. Yo voy a decir así: primero un huevo, después una larva, después casi un sapo y por último un sapo de verdad.

El extraño «bichito» de Lucía

Lucía es calladita, menuda, fina, silenciosa. Cómo gozan sus padres con las cosas que dice Lucía a ellos solamente, porque su timidez la hace aparecer un poco esquiva hacia los demás, ante personas que no son de su confianza, con las cuales no puede ser como en la intimidad de su hogar que cuenta con el cariño, la comprensión, la ternura de unos padres y la grata compañía de sus dos hermanos, mayores que ella, distintos a ella, porque su mundo está fabricado con la belleza de la fantasía infantil.

—Papá, allá abajo en la escalera me espera siempre que voy a la escuela un bichito, y me pica la cara como si me besara.

—¿Y a ti nada más pica? —pregunta su padre extrañado.

—Sí, porque me quiere mucho.

—¿Y cómo es el bichito? ¿Tú lo has visto?

—Sí, es con rayitas blancas y negras; tiene en la cabecita dos puyitas en una tiene veneno y en la otra sangre, pero a mí me pica con la que tiene sangre, por eso me queda rojo. Yo le voy a hacer una casita para que nadie lo mate.

—¿De dónde vendrá este extraño bichito que quiere a Lucía?

Debe venir de un país de sueños donde solo los niños pueden vivir.

Los centavos de las hormigas

Luis Fernando ha pedido a su mamá que le cuente algo y ella, acordándose del cuento de la hormiguita, empieza:

—Había una vez una hormiguita que estaba barriendo la puerta de su casa y se encontró un centavo. Con él fue a la bodega a comprar caramelos.

—Eso es mentira —le interrumpió el niño— porque los centavos de las hormigas no valen nada.

—Pero el de mi cuento sí —dijo la madre y continuó—. El dueño de la bodega le regaló los caramelos porque la vio muy chiquita. Entonces, con esa moneda la hormiguita se fue a la peluquería...

—Eso también es mentira —volvió a interrumpir Luis Fernando— porque las hormiguitas no tienen pelo. Cuéntame uno de verdad.

—Bueno, mañana te diré uno de un niñito que se llama Luis Fernando.

El niño sonrió y guardó silencio.



Los periquitos ensucian su cama

La camita azul donde duerme Luis Guillermo está húmeda, como su «mono» de dormir. La abuela viste al nieto que es un ovillito de lana, tibio, suave, dócil en las manos surcadas de arrugas, manos de piel curtida por muchos años, cada vez más tiernas que pasan por el cuerpecito menudo como una esponja. La abuela cambia de traje al niño mientras le habla:

—¡Tan grande y hace pipí en la cama! Aprenda de los periquitos que son más chiquitos y no lo hacen.

—Pero es que los piquitos —responde el niño— tienen la cama chiquita.

—Es que son más limpios que tú.

—No. Ellos no se hacen pipí, pero se ensucian...

La cucarachita dormida

La abuela está contenta porque ha recibido un cable de Buenos Aires. Buenos Aires es la capital de Argentina, un país como el nuestro, situado en la América del Sur. ¿Qué dice el cable que ha llenado de lágrimas los ojos de la abuela? Trae la noticia del regreso de la hija a nuestra tierra, a nuestro hogar. Ella lo dejó un día para formar el suyo lejos del que la vio nacer y crecer.

Hay movimiento para recibir a la hija. Se preparan los platos criollos, se limpia la casa, se enceran los pisos. Las cortinas bailan al compás del viento y todos participan de la alegría de la abuela. Hasta las cosas parecen alegrarse. Se han limpiado los rincones y una cucaracha salió asustada. Está en medio del patio con sus patas hacia arriba. La limpieza la ha matado.

Luis Guillermo, el nieto de tres años, ha presenciado los afanes de la abuela y cuando fue a buscar su bicicleta encontró el insecto, inmóvil, cerca de su juguete.

—¡Mamá Yeya, una cucaracha!

—¿Viva o muerta? —pregunta la abuela.

—Está dormida, no hables duro Mamá Yeya, para que no se despierte.

Ya llegó la hija con sus niños. Hay abrazos, alegría y regalos. Carmen Alicia, la más pequeña, se une a su primo que la lleva por todas partes, por su gran mundo de sueños, hasta donde está la cucarachita dormida. Carmen Alicia también llama a su abuela:

—¡Mamá Yeya, una cucaracha!

—¿Viva o muerta? —vuelve a preguntar la abuela.

—No sé, abuelita, porque está volteada.

Todos ríen menos los niños porque comprenden más.

Los niños y el agua

Los pozos de mi infancia

«*El agua es la hermanita mayor del rocío*».
(Frase escrita por un niño de diez años).

Cuando camino cerca de los pozos que ha dejado la lluvia me saltan a la mente los que veía siendo niña. Era la edad en que se está a la orilla de los sueños. Muchas cosas se nos presentaban confusas. Entonces no teníamos el cine, la radio, la televisión, que tanto ayudan a los niños de hoy.

Vivíamos en un verdadero país encantado. Cada niño se hacía un mundo a su manera y el mío ¡qué hermoso era! Estaba formado de palomitas de cristal, de cocuyos, de hormigas, de estrellas que bajaban a jugar en la hierba y yo esperando a cada momento un hada buena que me tocara con su varita de luces.

No era de extrañar, pues, que mi mundo me mostrara las cosas cubiertas con muchos velos. Los años, poco a poco, las fueron aclarando, aunque todavía en mis ojos hay algunos velos que me permiten verlas con ciertos matices de color.

Le temía a los pozos de mi infancia. El cielo se retrataba en ellos y los imaginaba profundos, sin fin. ¿Cuántos animalitos, caerían en sus aguas, en la oscuridad de la noche?

Cuando se secaban iba corriendo a verlos nuevamente. La tierra se había tragado también los pozos.

La lluvia

Llueve. Llueve. Puntos de agua sobre el tablero de la tierra. Las plantas parecen alegrarse con el regalo que llega del cielo. Desde la ventana la miro caer y quisiera lucir una gargantilla de cristal de lluvia. Como canta en mi alma un arcoíris: amor, fe, luz, esperanza, paz, salud y alegría.

Mientras gruesas gotas caen, pienso cuando mi hijo mayor vio la lluvia por primera vez. Se agarró de mi falda y se cubrió con ellas la cabeza para que no le cayera encima. Después lloraba cuando lo traía del jardín, si llovía quería seguir bañándose con ella.

Estoy recordando todo esto mientras mi hijo más pequeño está a mi lado. De pronto sus gritos me hacen volver a él. Sus brazos se extienden para que lo tome en los míos. Ya seguro, mira por el cristal, pero todavía siente miedo. Es la primera vez que mira la lluvia.

—¡Uy, uy, uy! Sus ojitos buscan los míos.

Lo cubro de besos y le digo: «no temas a la lluvia, hijo, la lluvia es agua que cae del cielo. Mira las nubes, mira cómo se bañan las flores, mira cómo los pajaritos se bañan». Él no entiende y sigue aferrado a mí, pero un día llorará, como mi hijo mayor, cuando lo traiga del patio porque quiere que lo siga acariciando con sus hebras cristalinas. Hará muchos barcos de papel que sus pequeños sueños llevarán muy lejos, y cuando sea un hombre recordará las primeras lluvias con cariño y alegría.

Dos gotas de agua

—Mamaíta, ¿de dónde nació tanta agua?

Cuando no se habían inventado aún los barcos porque la tierra era solo tierra, nació de su corazón una gota de agua. Vivió solo hasta que nació otra. Eran tan claras, tan frescas, que no se sabía cuál era una y cuál la otra. Por eso cuando dos personas o cosas se parecen, decimos: son como dos gotas de agua. El sol las veía y el reflejo de sus miradas crecía en colores que encendieron a lo lejos el arcoíris.

Las gotas de agua fueron esponjándose. Crecieron. Nacieron otras que fueron a vivir en las hojas, en el cojín de la hierba, estas se llaman gotas de rocío. Se hicieron cada vez más numerosas y se extendieron por toda la tierra. Unas formaron los mares, los lagos, los pozos, los manantiales y los ríos; muchas prefirieron las nubes para regresar después en la lluvia.

Esta fue la respuesta que se me ocurrió darle al niño que me preguntó mientras miraba la inmensidad del mar:

—Mamaíta, ¿de dónde nació tanta agua?



Una burbuja en la piscina

Carmen Carolina y Enrique son dos niños hermosos. Ella tiene tres años y él dos. Son hermanos y siempre están juntos. Es domingo y la mañana es clara. Sus padres los llevan de paseo. Después de recorrer algunos sitios deciden ir hasta una piscina, mas los trajes de baño se quedaron en sus maleticas, allá en la casa que ahora parece extrañar sus pasos, sus risas y sus gritos. Casa en silencio, como obedeciendo a una razón: faltan los dos niños que tanto la llenan y alegran.

Despojados de sus vestidos se han quedado con la ropa interior que apenas cubre parte de sus sonrosados cuerpos. Parecen dos burbujas escapadas del fondo del agua.

Enrique llama a Carmen Carolina, pero esta prefiere volver a hundirse en el agua que correr por la orilla de la piscina tras él. En un intento de hacerla volver la agarra por la elástica de su improvisado traje de baño, pero ella dirigiendo sus miradas a las personas que están cerca, en un gesto de infantil pudor, le dice:

—¡No, nené, mira que me ven desnula!

Los niños ante el mar

El mar. Siempre el mar como la vida, con sus olas y sus misterios azules conquistando la atención de los niños.

—Me gusta el mar —me dijo una niña que estaba cerca de mí, un domingo en Naiguatá. No supe su nombre, fue una amistad veloz, nacida mientras la cubría de arena. La dejé con su carita sonreída, como una extraña flor que emergía de la tierra.

—Espera que voy a buscar mis niños para que jueguen contigo —le dije, pero cuando regresé se había ido. Solo quedó en el sitio el hueco donde estuvo su medio tallo tierno sembrado y el recuerdo de la respuesta que dio a mi pregunta:

—¿Por qué te gusta el mar?

—Me gusta el mar... bueno, porque yo soy una pescadita.

* * *

Anaelena es una niña de cuatro años que también se alegra cuando sus padres dicen:

—Mañana vamos a la playa.

Ese domingo iba Anaelena más alegre que nunca. Le parecía que el auto no corría lo suficiente y quería estar en la playa marcando la huella de sus pies menudos en la arena fina y el mar llenándolas de agua para hacer pocitos.

Pensaba sumergirse largo rato en el agua y saltar sobre las olas como una sirena en miniatura salida de las estampas de un cuento para niños. Soñaba con su regreso a la casa, las manos llenas de piedras blancas y caracoles finos.

El automóvil iba por la avenida sin detenerse. Llena de felicidad iba también Anaelena, pero la carrera del auto y la alegría de la niña fueron cortadas al llegar a la casilla que divide a Caracas del litoral. Filas de carros esperan, pagan y siguen.

Anaelena no entiende nada de esto y pregunta a su papá:

—Papaíto, ¿por qué hay que pagar para ir a ver el mar?

Un domingo en Los Caracas

Este domingo hemos decidido ir al mar. Me acompañan cinco niños. Todos se agitan y alborotan, ríen y gritan. Es tan grata la compañía de ellos que la prefiero siempre. No preguntan por qué estamos silenciosos. Cerca del mar está el río y sus pozos nos invitan a sumergirnos en ellos. Surgen preguntas sencillas que parecen difíciles de contestar:

—¿Qué hacen aquellos dos pajaritos?

—Se aman.

—¿De dónde viene el agua del río?

—De las montañas.

—¿Y adónde va?

—Al mar.

Juntamos piedras grandes y pequeñas para hacer más grande el pozo.

—¡Esta parece sal!

—¡Esta es como la espuma!

—¡La que tengo aquí parece la cabeza de un oso!

Está el pozo listo y en él hay seis niños que juegan. Seis barcos estancados en espera de que el viento hinche sus velas para luego echarse a navegar.

Semana Santa en Puerto Azul

Anabella es una niña como todos los niños de estos cuentos. Sabe hacer observaciones y cuando ve una película o le cuentan algo pregunta aquello que más le llamó la atención, y muchas veces son tan inteligentes las preguntas que se hacen difíciles para responderlas.

Durante la Semana Santa fue con sus padres a Puerto Azul y la llevaron a ver La Vida de Jesús, película que se proyectaba en el cine del club. No pudo Anabella pasar con indiferencia el sacrificio de los inocentes, ordenado por un rey ambicioso y cruel que mandó a matar a todos los niños para que entre ellos cayera el Niño Jesús, que llamaban Rey de los Judíos.

A la niña llamó mucho la atención que un ángel se le apareciera a San José, padre del Niño, para avisarle el peligro que correría su hijo. Esa misma noche huyeron San José, la Virgen y el Niño.

Anabella no podía comprender estas cosas por eso preguntó a su padre:

—Papá, ¿por qué ese ángel no les avisó a todos los niños para que se salvaran también?

Un gran silencio se hizo en torno de la niña. ¿Qué podría responder el padre que no empañara el cristal del alma de su hija?

Un dibujo submarino

Héctor José está en kindergarten y le gusta mucho la pintura. Sus cuadros son llenos de luz y color. Le gusta mucho el sol, la playa, los barcos. Sus pinturas siempre tienen un sol brillante, con sus rayos esparcidos por todas partes. El sol que pinta Héctor José siempre sonríe.

Una tarde regresó de su colegio muy contento con un nuevo dibujo que lo tenía orgulloso. Allí estaban el mar, los peces, las algas y un barco submarino que cruzaba por entre los peces.

Iraida, su hermana más pequeña, notó que no estaba el sol, como siempre, ni sus rayos, entonces le preguntó:

—Héctor José, ¿se te olvidó el sol?

Entonces muy serio y con un gran dominio de sí mismo, le respondió:

—Pero, Yayita, ¿no ves que este es un dibujo submarino?

Índice

Pág	
13	La razón de este libro
17	Palomitas de cristal
19	El faro hermoso
21	Nuestro teatro
23	El entierro de una hormiga
24	Las estrellas beben agua
27	Una madre sembró un rosal
28	Ayer fue un día distinto
30	Las edades
31	Los niños y los sueños
32	El Ávila parece un viejito
34	La dulce vía
37	Un jardín
38	Aire acondicionado en Mérida
39	Los libros de cuentos
41	Un San Nicolás de mentiras
43	El regalo de Navidad
44	El mismo hombre del otro día
45	Las salidas de Consuelito
46	Papá Dios enciende las luces
47	Pedacitos de noche en la ventana
48	Pasando el infinito
51	Esta niña no se aburre
52	Tengo un negrito amigo
53	Las primeras palabras
54	El diluvio universal
55	Mi señorita huele a muñeca nueva
59	El juguete que no llegó
60	Las preguntas de Abel Alfonso

63	Yo soy
64	Yo seré...
66	Después seré ángel-ángel
69	La muñeca rota
70	Los tres niños periodistas
72	Niños del páramo
74	La abuelita de Roselina
75	Un día de estos
77	La respuesta ligera
78	La geografía más hermosa
81	Los niños y los animales
82	La gallina papuja
86	Un libro con animales
87	Las aves no tienen dientes
89	Delirios de un colibrí
91	El mato de ojos tristes
92	El nacimiento de un sapo
93	El extraño «bichito» de Lucía
94	Los centavos de las hormigas
97	Los periquitos ensucian su cama
98	La cucarachita dormida
101	Los niños y el agua
102	Los pozos de mi infancia
103	La lluvia
104	Dos gotas de agua
107	Una burbuja en la piscina
108	Los niños ante el mar
110	Un domingo en Los Caracas
111	Semana Santa en Puerto Azul
112	Un dibujo submarino

Cocuyos de cristal
se editó con amor en digital
en el mes de Mayo de 2023,
en el Fondo Editorial
Carmen Delia Bencomo – IBIME.

Mérida – Venezuela.



Carmen Delia Bencomo

Carmen Delia Bencomo nació en Tovar, estado Mérida, Venezuela, el 5 de julio de 1923 y murió en La Guaira, estado La Guaira, el 12 de octubre de 2002. Poeta, narradora y dramaturga. Fue maestra de Preescolar y bibliotecaria en Caracas y en la Creole de Cabimas. Colaboradora en la Revista Shell de Venezuela, La Religión, Cultura Universitaria, Revista Nacional de Cultura, Churum Merú, Tricolor (1969-70), Diario Crítica, El tren de colores (Mérida, 1984-85). Fue Coordinadora de Actividades Culturales de la Compañía Shell, directora Fundadora del Instituto Zuliano de Cultura, Coordinadora de Cultura de la Gobernación del Estado Mérida. Hizo exposiciones de patchwork (Retazos de Colores) .Realizó estudios de Literatura y Biografías infantiles en Europa. Fue reseñada y publicada en numerosos periódicos y revistas, tanto a nivel regional y nacional como la Antología Mínima de Carmen Delia Bencomo, realizada por Enrique Hidalgo.



Ludwianna Piñero Pereira (Luna Gogh)

Nació en San Fernando de Apure el 5 de mayo de 1999. Artista plástico y tatuadora. Estudiante de Artes Audiovisuales en la Universidad Nacional Experimental de las Artes (UNEARTE), Mérida. Es ilustradora y diseñadora gráfica en el Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo del Ibime, desde febrero de 2018 donde ha ilustrado numerosos libros de literatura infantil.



 @lunagohart